

las cátedras de la Sorbona. ¿Por qué no he pensado antes en asombrarles? Imito con tal perfección á los ingleses, me hubiera presentado á lo lord Byron viajando de incógnito. ¡Cáspita! me he equivocado. Ser hijo del verdugo?... Hé ahí una arrogante idea para que me cedan el sitio durante el almuerzo. Oh! perfectamente, habré mandado las tropas de Alí, pachá de Janina!....

Durante este monólogo, el carruaje rodaba á través de las oleadas de polvo que incesantemente se alzan de las bajas orillas de aquel camino tan pisado.

— ¡Qué polvo! —dijo Mistigris.

— Enrique IV ha muerto, — le replicó su compañero. Al menos si dijeras que huele á vainilla, emitirías una opinión nueva.

— Creéis reiros, — respondió Mistigris; pues bien, esto me recuerda por momentos la vainilla.

— En Oriente.... —dijo Jorge, queriendo empezar una historia.

— En el viento.... —dijo el maestro á Mistigris, interrumpiendo á Jorge.

— Digo que en Oriente, de donde vengo, —prosiguió Jorge, el polvo huele muy bien; pero aquí no huele á nada, sólo cuando se encuentra un depósito de estiércol como este.

— ¿El señor viene de Oriente? —dijo Mistigris con aire burlon.

— Bien ves que el señor se halla tan fatigado que se ha colocado en Occidente, — le respondió su maestro.

— No estais tostado por el sol, —dijo Mistigris.

— Oh! acabo de dejar la cama despues de una en-

fermedad de tres meses, cuyo gérmen era, al decir de los facultativos, un cólera tenaz.

— ¡Habeis tenido el cólera! —dijo el conde haciendo un gesto de espanto. Pierrotin, parad.

— Adelante, Pierrotin, —dijo Mistigris. Os dicen que ha sido tenaz el cólera, añadió interpelando á M. de Sérisy. Es un cólera en forma de conversacion.

— Una peste de las cuales se dice: ¡Peste! —exclamó el maestro.

— O bien: ¡Peste con el ciudadano! —prosiguió Mistigris.

— Mistigris, —replicó el maestro, os pongo de patitas en el camino, como busqueis camorra. De manera, dijo volviéndose á Jorge, que este caballero ha estado en Oriente?

— Sí, señor; primero en Egipto, y luego en Grecia, donde he servido á Alí, pachá de Janina, donde he sufrido una terrible enfermedad. No se resiste á aquellos climas. Así las emociones de todo género que proporciona la vida oriental, me han estropeado el hígado.

— Ah! habeis servido? —dijo el obeso arrendatario. ¿Qué edad teneis, pues?

— Veintinueve años, —prosiguió Jorge, á quien miraron todos los viajeros. A los diez y ocho años, parti de soldado raso para la famosa campaña de 1813; pero sólo asisti al combate de Henau, y allí gané el grado de sarjento primero. En Francia, en Montereau, fui ascendido á subteniente, y he sido condecorado por.....(¿no hay polizontes?) por el Emperador.

— ¿Estais condecorado, —dijo Oscar, y no llevais la condecoracion?

—La condecoración?... No faltaba más!... ¿Qué persona de calidad lleva sus condecoraciones de viaje? Ahí teneis á ese caballero,—dijo señalando al conde de Sérisy, apuesto cuanto querais.....

—Apostar lo que se quiera es en Francia un modo de no apostar nada,—dijo el maestro á Mistigris.

—Apuesto cuanto querais,—prosiguió Jorge con afectacion, que ese caballero se halla cubierto de colgajos.

—Tengo,—respondió, riendo, el conde de Sérisy, el de gran cruz de la Legion de honor, el de San Andres de Rusia, el del Aguila de Prusia, el de la Anunciata de Cerdeña y el Toison de Oro.

—Perdonad un poco,—dijo Mistigris; ¿y todo eso viaja en un *coucou*?

—Ah! finge bien, ese buen hombre color de ladrillo,—dijo Jorge al oido de Oscar. Eh! no os lo decia? prosiguió en alta voz. Yo, no trato de ocultarlo, adoro al Emperador.....

—Yo le he servido,—dijo el conde.

—Qué hombre aquel! ¿no es cierto? — exclamó Jorge.

—Un hombre al cual debo mucho,—respondió el conde, con un aire de imbecilidad muy bien fingido.

—¿Vuestras cruces?—preguntó Mistigris.

—¡Y cuanto tabaco tomaba!—prosiguió M. de Sérisy.

—Oh! y tambien se gozaba en tomarlo de los bolsillos,—dijo Jorge.

—He oido eso,—respondió el padre Léger con aire de incredulidad.

—Y hacia mucho más, mascaba tabaco y fumaba,

—prosiguió Jorge. Yo le he visto fumando, y con gracia, en Waterloo, cuando el mariscal Soult le tomó en brazos y le arrojó en su carruaje, en el momento en que habia empuñado un fusil para cargar á los ingleses!....

—¿Estábais en Waterloo?—dijo Oscar cuyos ojos se abrian desmesuradamente.

—Sí, jóven, he hecho la campaña de 1815. Era capitán en Mont-Saint-Jean, y me retiré al Loira, cuando nos licenciaron. A fe mia, la Francia me disgustó y no pude permanecer en ella. No, me hubiera hecho prender. Así es que me marché con dos ó tres hombres decididos, Selves, Besson y otros, que se hallan á estas horas en Egipto, al servicio del pachá Mohamed, un pícaro, vaya! En otro tiempo simple traficante en tabaco, en la Cavalle, está en camino de hacerse príncipe soberano. Le habreis visto en el cuadro de Horacio Vernet, la *Degollacion de los Mamelucos*. ¡Qué bello sujeto! Yo no he querido abjurar la religion de mis mayores y abrazar el Islamismo; tanto más cuanto que para ello se exige una operacion quirúrgica de la cual me importa bien poco. Luego, nadie estima á un renegado. Ah! si me hubiesen ofrecido cien mil francos de renta, tal vez... y aún así?... no. El pachá me mandó dar mil thalari de gratificacion.

—¿Cuánto es eso?—preguntó Oscar, que era todo oidos para Jorge.

—Oh! poca cosa. El thalari es como si dijéramos una moneda de cien sueldos. Y á fe mia, que no he ganado la renta de los vicios contraidos en aquel endemoniado país, si es un país aquello. Ahora no pue-

do pasar sin fumar el *narguilé* dos veces al día, y es cosa cara.....

—¿Y cómo es, pues, el Egipto?—preguntó M. de Sérisy.

—Egipto es todo arena,—respondió Jorge sin concertarse. No hay verdura más que en el valle del Nilo. Trazad una línea verde sobre una hoja de papel amarillo, eso es Egipto. Por ejemplo, los egipcios, los *fellahs*, tienen sobre nosotros una ventaja, allí no hay gendarmes. Oh! recorreríais todo el Egipto, sin encontrar uno.

—Supongo que habrá allí muchos egipcios,—dijo Mistigris.

—No tantos como creéis,—prosiguió Jorge, hay muchos abisinios, giaures, vecabitas, beduinos y copos. En fin, todos esos animales ofrecen tan escasa diversion, que me dí por muy satisfecho embarcándome en una polacra genovesa que se dirigia á las islas Jónicas en busca de un cargamento de pólvora y municiones para Ali de Tebelen. ¿No lo sabeis? Los ingleses venden pólvora y municiones á todo el mundo, á los turcos, á los griegos, al diablo, si el diablo tuviese dinero. De manera, que de Zante debíamos dirigarnos á la costa de Grecia, bordeando. Aquí donde me veis, mi nombre de Jorge es famoso en aquel país. Yo soy el nieto de aquel célebre Czerni-Jorge que hizo la guerra á la Puerta, y que por desgracia, en vez de hundirla, se hundió él. Su hijo se refugió en casa del cónsul francés en Smirna y vino á morir á Paris en 1792, dejando á mi madre en cinta de mí, su séptimo hijo. Nuestros tesoros fueron robados por un amigo de mi abuelo; de suerte que estábamos ar-

ruinados. Mi madre, que vivia del producto de sus diamantes, vendidos uno á uno, contrajo matrimonio en 1799 con M. Yung, mi padrastro, un proveedor. Mi madre ha muerto, he reñido con mi padrastro, quien, sea dicho entre nosotros, es un tacaño; vive todavía, pero no nos tratamos. Ese chino nos ha abandonado á los siete sin decirnos esta boca es mía. Hé aquí, porqué, desesperado, partí en 1813 de soldado raso..... No podríais imaginar con que alegría ese viejo Ali de Tebelen ha recibido al nieto de Czerni-Jorge. Aquí me hago llamar Jorge á secas. El pachá me dió un serrallo.....

—¿Habeis tenido un serrallo?—dijo Oscar.

—¿Erais pachá de muchas colas?—preguntó Mistigris.

—¿Cómo no sabeis,—prosiguió Jorge, que sólo el sultan hace pachás, y que mi amigo Tebelen, porque éramos amigos como Borbones, se sublevaba contra el padischá! Sabeis ó no sabeis que el verdadero nombre del Gran-Señor es padischá, y no gran turco ó sultan? No creáis que valga gran cosa un serrallo. Equivale á poseer un rebaño de cabras. Aquellas mujeres son muy bestias, y prefiero cien veces las grise-tas de la Chaumière, en Mont-Parnasse.

—Están más cerca,—dijo el conde de Sérisy.

—Las mujeres del serrallo no saben una palabra de francés, y el idioma es necesario para entenderse. Allí me dió cinco mujeres legítimas y diez esclavas. En Janina, esto equivalia á no tener nada. Mirad, en Oriente, eso de tener mujeres, es de muy mal tono, se las tiene como tenemos aquí á Voltaire y á Rousseau; pero quién abre jamás su Voltaire ó su Rous-

seau?... Nadie. Y á pesar de todo, es de buen tono estar celoso. Se cose á una mujer dentro de un saco y se la arroja al agua por una simple sospecha, segun un artículo de su código.

—¿Las habeis arrojado vos?—preguntó el arrendatario.

—Yo, no faltaba más, un francés! Yo las he amado.

Aquí Jorge acarició, retorció sus bigotes y tomó un aire pensativo. Entraron en Saint-Denis, en donde Pierrotin se detuvo ante la puerta del posadero que vende las célebres *talmouses* y donde se apean todos los viajeros. Engañado por las apariencias de verdad mezcladas con las bromas de Jorge, el conde volvió á subir prontamente al carruaje, miró debajo del almohadon la cartera que Pierrotin le habia dicho haber sido colocada allí por este enigmático personaje, y leyó en letras doradas: «Señor Crottat, notario.» Acto continuo el conde se permitió abrir la cartera, temiendo con razon que el padre Léger se viesse acometido de una curiosidad semejante; sacó de ella la escritura referente á la heredad de los Moulineaux, la dobló, la guardó en un bolsillo de su gaban y se dirigió de nuevo á examinar á los viajeros.—Ese Jorge es ni más ni menos que el segundo escribiente de Crottat. Me quejaré á su principal, quien debia enviarme su primer escribiente,—se dijo.

Por el continente respetuoso del padre Léger y de Oscar, Jorge comprendió que tenia en ellos dos ferribientes admiradores; se portó, naturalmente, como un gran señor; les pagó unos *talmouses* y una copa de vino de Alicante, lo mismo que á Mistigris y á su

maestro, aprovechando esta largueza para preguntar sus nombres.

—Oh! caballero,—dijo el maestro de Mistigris, yo no me hallo dotado de un nombre ilustre como el vuestro, yo no vengo de Asia....

En el mismo momento, el conde que se habia apresurado á entrar de nuevo en la inmensa cocina del posadero, á fin de no dar que sospechar acerca de su descubrimiento, pudo escuchar el final de esta respuesta.

—....Soy sencillamente un pobre pintor que regresa de Roma, en donde he vivido á expensas del gobierno, despues de haber obtenido el primer premio hace cinco años. Me llamo Schinner.....

—Eh! ciudadano, se os puede ofrecer una copa de Alicante y algunos *talmouses*?—dijo Jorge al conde.

—Gracias,—respondió el conde, jamás me pongo en camino, sin haber tomado mi taza de café á la crema.

—¿Y no tomáis nada entre comida y comida? ¡Cómo Marais, plaza Real é isla Saint-Louis!—dijo Jorge. Hace un momento, cuando *nos ha embromado* acerca de sus condecoraciones, le he creido más fuerte de lo que es,—dijo en voz baja al pintor; pero le pondremos los puntos sobre las *ies* á ese pequeño fabricante de bujías. Ea, valiente, dijo á Oscar, sorbeos la copa escanciada para el droguero, eso os hará poner bigotes.

Oscar quiso hombrear, bebió la segunda copa y comió otros tres *talmouses*.

—Buen vino,—dijo el padre Léger, haciendo castañetear su lengua contra su paladar.

—Es tanto mejor,—dijo Jorge, cuanto que viene de Bery! He estado en Alicante, y mirad, así es vino de aquel país como mi brazo se parece á un molino de viento. Nuestros vinos imitados son mucho mejores que los naturales. Vaya, Pierrotin, una copita? Lástima que vuestros caballos no puedan sorber una cada uno, andaríamos más de prisa.

—Oh! no vale la pena, tengo ya un caballo *gris* (ébrio),—dijo Pierrotin mostrando á Bichette.

Al oír este vulgar *calembour*, Oscar vió en Pierrotin un muchacho prodigioso.

—Marchemos! Esta palabra de Pierrotin resonó en medio de los chasquidos del látigo, cuando los viajeros se hubieron embutido en el carruaje. Eran las once. El tiempo un tanto nublado se despejó, el viento norte desgarró las nubes, el azul del éter brilló á trechos; así es que cuando el carruaje de Pierrotin se lanzó hácia la estrecha cinta del camino que separa á Saint-Denis de Pierrefitte, el sol había absorbido por completo los delgados vapores cuyo velo diáfano envolvía los famosos paisajes de aquella region.

—Y bien! por qué habeis abandonado, pues, á vuestro amigo el pachá?—dijo el padre Léger á Jorge.

—Era un tunante singular,—dijo Jorge con aire que ocultaba muchos misterios. Figuraos que me da el mando de su caballería!..... muy bien.

—Ah! por eso lleva espuelas, pensó el pobre Oscar.

—En mis tiempos, Ali de Tebelen tenía que deshacerse de Chosrew-Pachá, otro pícaro! ¡Aquí le llamais Chaureff, pero su nombre en tureo se pronuncia Cossereu. En otro tiempo debeis haber leído en los periódicos que el viejo Ali ha apaleado fuertemente á

Chosrew. Pues bien, sin mí, Ali de Tebelen hubiese sido derrotado algunos días antes. Yo me hallaba en el ala derecha, y veo á Chosrew, un viejo perillan que pone en fuga á nuestro centro.... oh! allí, firme y con un bello movimiento á lo Murat. Bien, tomo mis medidas, doy una carga á fondo á la carrera y corto en dos la columna de Chosrew que había traspasado el centro y se hallaba en descubierto. Comprendeis.... ah! cáspita, terminado el asunto, Ali me abrazó.

—¿Eso se usa en Oriente?—dijo el conde de Sérisy con aire chocarrero.

—Sí, señor,—prosiguió el artista, eso se usa en todas partes.

—Hemos hecho retroceder á Chosrew un espacio de treinta leguas,... como si cazáramos, pues!—prosiguió Jorge. Los turcos son unos perfectos caballeros. Ali me ha dado yataganes, fusiles y sables!.... cuando he querido. De regreso á su capital, ese endiablado farsante me ha hecho proposiciones que no me convenian. Esos orientales son pícaros cuando tienen una idea.... Ali quería hacerme su favorito, su heredero. En cuanto á mí, me bastaba aquella vida; porque, despues de todo, Ali de Tebelen se hallaba en rebeldía contra la Puerta, y yo juzgué conveniente tomar la ídem. Pero quiero hacer justicia á M. de Tebelen, me ha colmado de regalos: diamantes, diez mil thalaris, mil monedas de oro, una hermosa griega para groom, un pequeño aereonauta por compañero y un caballo árabe. Vaya, Ali pachá de Janina es un hombre no comprendido, merece un historiador. Sólo en Oriente se encuentran esas almas de bronce, que lo hacen todo durante veintè años para poder vengar

una ofensa en una hermosa mañana. Al principio tenía la más hermosa barba blanca que pueda darse, un semblante duro, severo....

—¿Pero qué habeis hecho de vuestros tesoros?— dijo el padre Léger.

—Ah! mirad. Aquella gente no tiene Gran Libro, ni banco de Francia, me llevé, pues, mis bagages en una tartana griega que fué pellizcada por el Capitan-Pachá en persona! Aquí donde me veis, he estado á pique de ser empalado en Smyrna. Si, á fe mia, sin M. de Rivière que se hallaba allí de embajador, me tomaban por un cómplice de Ali-Pachá. He salvado mi cabeza, para hablar honradamente, pero los diez mil thalaris, las mil monedas de oro, las armas, ¡oh! todo ha sido engullido por el *sediento* tesoro del Capitan-Pachá. Mi posicion era tanto más difícil cuanto que este Capitan-Pachá no era otro que Chosrew. Despues de su derrota, el pícaro habia obtenido este empleo, equivalente al de gran almirante en Francia.

—Pero por lo visto estaba en la caballeria,—dijo el padre Léger que seguia con atencion el relato de Jorge.

—Oh! como se ve que el Oriente es poco conocido en el departamento de Seine-et-Oise!—exclamó Jorge. Caballero, hé ahí los turcos: vos sois arrendatario, el padischá os nombra mariscal; si no desempeñais vuestras funciones á su gusto, tanto peor para vos, os cortan la cabeza: es su manera de destituir á los funcionarios públicos. Un jardinero pasa á prefecto, y un primer ministro vuelve á ser *tchiaoux*. Los otomanos no conocen las leyes acerca de los ascensos y las gerarquías. De caballero, Chosrew habia llegado

á ser marino. El Padischá Mahmoud le habia encargado que se apoderara de Ali por mar, y se hizo, en efecto, dueño de él, pero ayudado de los ingleses que han llevado la mejor parte, los ¡tunantes!, han echado mano á los tesoros. Este Chosrew, quien no habia olvidado la leccion de equitacion que yo le di, me reconoció. Ya comprendereis que mi suerte estaba echada para el otro mundo, si no hubiera tenido la idea de hacerme reclamar en calidad de francés y de trovador cerca de M. de Rivière. El embajador, satisfecho de exhibirse, pidió mi libertad. Los turcos tienen esto de bueno en su carácter, os sueltan con la misma facilidad con que os cortan la cabeza, todo les es indiferente. El cónsul de Francia, un hombre excelente, amigo de Chosrew, me hizo restituir dos mil thalaris; de manera que su nombre, puedo decirlo, está grabado en mi corazon....

—¿Vais á nombrarle?—preguntó M. de Sérisy.

El conde dejó ver en su semblante una expresion de asombro, cuando Jorge le dijo, en efecto, el nombre de uno de nuestros más notables cónsules generales que á la sazón se hallaba en Smyrna.

—Asistí por via de entretenimiento á la ejecucion del comandante de Smyrna, á quien el Padischá habia ordenado á Chosrew que condenase á muerte, una de las cosas más curiosas que he visto, por más que he visto muchas, en breve os la contaré mientras almorzamos. De Smyrna me trasladé á España, al saber que se hacia en ella una revolucion. Oh! me he dirigido directamente al general Mina, quien me ha nombrado su ayudante con grado de coronel. Me he batido por la causa constitucional que va á sucumbir,

porque vamos á entrar en España un dia de estos.

—¿Y vos sois oficial francés?—dijo severamente el conde de Sérisy. Contais con la completa discrecion de cuantos os escuchan?

—Pero no hay entre ellos delatores,—dijo Jorge.

—Conque no pensais, coronel Jorge,—dijo el conde, que en este momento se está juzgando en la cámara de los Pares una conspiracion que hace al gobierno muy severo con los militares que levantan armas contra la Francia, y que traman intrigas en el extranjero con el designio de derribar á nuestros legítimos soberanos!....

Al oír esta terrible observacion, el pintor se puso encarnado hasta las orejas, y miró á Mistigris que pareció turbarse.

—Y bien?—dijo el padre Léger, despues?

—Si, por ejemplo, yo fuese magistrado, no seria mi deber,—respondió el conde, mandar prender al ayudante de Mina por los gendarmes de la brigada de Pierrefitte, y designar como testigos á todos los viajeros que se hallan en el carruaje?....

Estas palabras cortaron tanto más la palabra á Jorge cuanto que llegaban ante la brigada de gendarmeria, cuya bandera blanca flotaba, en términos clásicos, á merced del céfiro.

—Teneis demasiadas condecoraciones, para permitir semejante cobardía,—dijo Oscar.

—Vamos á pincharle de nuevo,—dijo Jorge al oído de Oscar.

—Coronel,—exclamó Léger á quien molestaba la ocurrencia del conde de Sérisy y que queria cambiar de conversacion; en los paises que habeis visitado,

como se cultiva la tierra? ¿Cuáles son sus sembrados?

—En primer lugar, ya comprendereis, amigo mio, que aquella gente se halla demasiado ocupada en cuidarse á si misma para pensar en cuidar sus tierras... (El conde no pudo reprimir una sonrisa. Esta sonrisa tranquilizó al narrador.)... Pero tienen un modo de cultivar que va á pareceros chusco. No cultivan nada absolutamente, tal es su modo de cultivar. Los turcos, los griegos, esta gente come cebollas ó arroz....

Recogen el opio de sus adormideras, que les producen mucho; y luego tienen el tabaco que crece espontáneamente, el famoso *Lattaqui!* luego los dátiles! haces de cañas de azúcar que crecen sin cultivo. Es un pais lleno de recursos y de comercio. En Smyrna se fabrican muchos tapices, y no cuestan caros.

—Pero,—dijo Léger, si los tapices son de lana, no proceden sino de los carneros; y para tener carneros se necesitan praderas, heredades, un cultivo.....

—Debe haber algo parecido á eso,—dijo Jorge; pero el arroz crece en el agua, primero; despues, yo he bordeado siempre las costas y no he visto más que paises devastados por la guerra. Además, profeso la más profunda aversion á la estadística.

—¿Y los impuestos?—dijo el padre Léger.

—Ah! los impuestos son onerosos. Se lo arrebatan todo, pero les dejan el resto. Encantado de las ventajas de este sistema, el pachá de Egipto se preparaba á organizar su administracion bajo este pie, cuando me he separado de él.

—¿Pero cómo puede ser eso?...—dijo el padre Léger que no comprendía una palabra.

—¿Cómo?—dijo Jorge. Pero hay unos agentes que

se apoderan de las recolecciones, dejando á los *fellahs* lo preciso para vivir. Así, en aquel sistema, nada de protocolos ni de burocracia, la llaga de la Francia... Ah! eso es!...

—¿Pero en virtud de qué?—dijo el arrendatario.

—Es un país despótico, hélo ahí todo. ¿No conocéis la bella definición de Montesquieu acerca del despotismo? «Como el salvaje, corta el árbol por el tronco, con objeto de poseer su fruto.»

—Y quieren hacernos retroceder á eso,—dijo Mistigris; pero *cada escaldado teme el agua fria* (gato escaldado huye del agua fria).

—Y se retrocederá! exclamó el conde de Sérisy. Así es que los que poseen tierras harán bien en venderlas. M. Schinner ha debido ver de que modo todas esas cosas se verifican en Italia.

—*Corpo di Bacco!* el Papa no se descuida!—prosiguió Schinner. Pero están acostumbrados á ello. Los italianos son tan buenos! Se dan por contentos con tal que les dejen un poco asesinar á los viajeros en los caminos.

—Pero,—prosiguió el conde, vos tampoco lleváis la condecoración de la Legión de honor que habeis obtenido en 1819, es, pues, una moda general?

Mistigris y el fingido Schinner se ruborizaron hasta las orejas.

—En cuanto á mí, ya es otra cosa,—prosiguió Schinner, quisiera no ser conocido. No me delateis, caballero. Se me tiene por un misero pintor sin importancia, paso por un decorador. Voy á un palacio donde no debo despertar la menor sospecha.

—Ah!—exclamó el conde, una aventura afortuna-

da, una intriga?... Oh! sois bien dichoso con vuestra juventud....

Oscar, que reventaba de rabia de no ser nada, y de no tener nada que referir, miraba al coronel Czerni-Jorge, al gran pintor Schinner, y buscaba los medios de metamorfosearse en algo. ¿Pero que podía ser un muchacho de diez y nueve años, al que se enviaba al campo quince ó veinte días, al lado del administrador de Presles? El vino de Alicante se le subía á la cabeza y su amor propio hacia hervir la sangre en sus venas; de manera que cuando el famoso Schinner dejó adivinar una aventura novelesca cuya felicidad debía ser tan grande como el peligro, clavó en él unos ojos chispeantes de rabia y de envidia.

—Ah!—dijo el conde con aire envidioso y crédulo, es necesario amar mucho á una mujer para hacerle tan enormes sacrificios....

—¿Cuáles sacrificios?—exclamó Mistigris.

—¿Conque no sabeis, amiguito, que un techo pintado por tan gran maestro se cubre de oro?—respondió el conde. Veamos: si la lista civil os paga en treinta mil francos los techos de dos salas del Louvre,—prosiguió mirando á Schinner; para un propietario, como decís de nosotros en vuestros talleres, un techo vale bien veinte mil francos; ahora bien, apenas se darán dos mil á un oscuro decorador.

—El dinero que uno deja de ganar no es la mayor pérdida,—respondió Mistigris. Pensad, pues, que será una obra maestra, y que será necesario dejar de firmarla para no *comprometerla!*

—Ah! de buena gana devolvería todas mis cruces á los soberanos de Europa, para ser amado como lo

es un jóven á quien el amor inspira tales sacrificios! —exclamó M. de Sérisy.

—Ah! eso es,—dijo Mistigris, uno es jóven, es amado, tiene mujeres, y como suele decirse: *abundancia de perros no perjudica*, (por mucho pan nunca mal año).

—¿Y qué dice á todo eso Mme. Schinner?—prosiguió el conde, porque os habeis casado por amor con la bella Adelaida de Rouville, la protegida del viejo almirante Kergaronet, quien os ha hecho obtener vuestros techos del Louvre, por influencia de su sobrino el conde de Fontaine.

—¿Acaso un gran pintor es casado cuando viaja?—observó Mistigris.

—¿Es esa la moral de los talleres?—exclamó néciamente el conde de Sérisy.

—¿Es mejor la moral de las córtes en donde habeis obtenido vuestras condecoraciones?—dijo Schinner, quien recobró su sangre fria un momento turbada por el conocimiento que demostraba el conde de los encargos hechos á Schinner.

—No he solicitado siquiera una,—respondió el conde, y ereo haberlas ganado todas lealmente.

—Y eso os viene *como un notario en una pierna de palo*, (como pedrada en ojo de boticario),—replicó Mistigris.

M. de Sérisy no quiso descubrirse, tomó un aire de bondad, mirando el valle de Groslay que se descubre al tomar en la Patte-d'Oie el camino de Saint-Brice, y dejando á la derecha el de Chantilly.

—Mentira,—dijo refunfuñando Oscar.

—Roma es tan hermosa como la pintan?—preguntó Jorge al gran pintor.

—Roma no es bella sino para los que aman, se necesita sentir una pasion para encontrarse bien allí; pero, como ciudad, prefiero Venecia, aunque he estado á pique de ser asesinado en ella.

—A fé mia, sin mí,—dijo Mistigris, se os zampaban lindamente! Ese endiablado farsante de lord Byron es quien os ha valido eso. Oh! ese extravagante inglés estaba loco!

—Chiton!—dijo Schinner, no quiero que se sepa mi ocurrencia con lord Byron.

—Confesad de todos modos,—respondió Mistigris, que os habeis alegrado mucho de que yo aprendiera á tirar el chanclo.

De vez en cuando, Pierrotin cambiaba con el conde de Sérisy miradas singulares capaces de inquietar á personas un poco más expertas que los cinco viajeros.

—Lores, pachás, techos de treinta mil francos. Ah! eso es,—exclamó el ordinario de l'Isle-Adam, yo llevo soberanos hoy? ¡Qué propinas!

—Sin contar que los asientos están pagados,—dijo astutamente Mistigris.

—A propósito, prosiguió Pierrotin; padre Léger, bien sabeis que mi hermoso carruaje nuevo sobre el cual he dado en arras dos mil francos... Pues bien, esos canallas de constructores á quienes mañana debo contar dos mil quinientos francos, no han querido aceptar á cuenta mil quinientos francos y recibir un pagaré de mil á dos meses fecha!... Esos extranguladores lo quieren todo. Ser duro hasta ese punto con un hombre establecido hace ocho años, con un padre

de familia, y ponerle en peligro de perderlo todo, dinero y carruaje, si no encuentro un miserable billete de mil francos! Ohé, Bichette! No jugarian esta mala pasada á las grandes empresas, vaya!

—Ah! diablo, *donde no hay dinero no hay sebo*—dijo el gatuelo.

—No os faltan más que ochocientos francos,—respondió el conde, viendo en esta queja dirigida al padre Léger una especie de letra de cambio girada contra él.

—Es verdad,—dijo Pierrotin. ¡J! ¡j! Rougeot.

—Debisteis ver hermosos techos en Venecia,—prosiguió el conde, dirigiéndose á Schinner.

—Estaba demasiado enamorado para fijar mi atención en lo que entonces no me parecía más que bagatelas,—respondió Schinner. Deberia, no obstante, hallarme bien curado del mal de amores, porque he recibido, precisamente en los Estados venecianos, en Dalmacia, una cruel lección.

—¿Puede saberse eso?—preguntó Jorge. Conozco la Dalmacia.

—Pues bien, si habeis estado allí, debeis saber que en el fondo del Adriático todos son viejos piratas, foragidos, corsarios retirados de los negocios, cuando no han sido ahorcados, unos.....

—*Uscoques*, en fin,—dijo Jorge.

Al oír el nombre propio, el conde, á quien Napoleon habia enviado en otro tiempo á las provincias de Iliria, volvió la cabeza, tan grande era su asombro.

—En esa ciudad es donde se fabrica el marrasquino,—dijo Schinner, pareciendo buscar un nombre.

—¡Zara!—dijo Jorge; tambien lo conozeo, está en la costa.

—Eso es,—prosiguió el pintor. Yo iba allí para observar el pais, porque adoro los paisajes. Hace veinte veces que deseo dedicarme al paisaje, género que nadie, en mi opinion, comprende, excepto Mistigris, quien algun dia continuará la obra de Hobbéma, Ruysdaël, Claudio Lorrain, Poussin y otros.

—Pero,—exclamó el conde, con tal que continúe á uno solo de todos esos habrá hecho lo bastante.

—Si interrumpís siempre á ese caballero, no sabremos nada,—dijo Oscar.

—Además, no es á vos á quien el señor se dirige,—dijo Jorge al conde.

—No es de buena educacion eso de cortar la palabra,—añadió sentenciosamente Mistigris; pero todos hemos hecho otro tanto, y perderíamos mucho si no sembráramos el discurso de graciosos comentarios, cambiando así nuestras reflexiones. Todos los franceses son iguales ante el *coucou*, ha dicho el nieto de Jorge. Así, continuad, agradable anciano, *embromadnos*. Eso se hace en los mejores círculos sociales; y ya sabeis el proverbio: *Es preciso hacer dobladillos con los lobos*, (donde quiera que fueres haz lo que vieres).

—Me habian contado maravillas de la Dalmacia,—prosiguió Schinner, me dirijo allí, pues, dejando á Mistigris en Venecia, en la posada.

—En la *locanda!*—dijo Mistigris; respetemos el color local.

—Zara es, como dicen, una asquerosidad.....

—Si,—dijo Jorge, pero está fortificada.

—Pardiez!—dijo Schinner, las fortificaciones figuraran mucho en mi aventura. En Zara se encuentran muchos boticarios, me alojé en la casa de uno de ellos. En los países extranjeros el oficio principal de cada uno consiste en alquilar habitaciones amuebladas, los demás oficios son accesorios. Por la noche me asomé á mi balcón, después de cambiarme la camisa. Ahora bien, en el balcón de enfrente, distinguí una mujer, oh! pero qué mujer, una griega, con esto está dicho todo, la criatura más hermosa de la ciudad: unos ojos como almendras, unos párpados que se abrían como celosías, y unas cejas como pinceles: un rostro ovalado capaz de enloquecer á Rafael, un cutis de un colorido delicioso, cutis fino, aterciopelado..... unas manos..... ¡oh!....

—Que no eran de manteca como las de las pinturas de la escuela de David,—dijo Mistigris.

—Eh! siempre nos habláis de pintura,—exclamó Jorge.

—Ah! eso es, *alejad el natural, os vuelve al buche*,—replicó Mistigris.

—¡Y un traje! griego puro,—prosiguió Schinner. Ya comprendéis, héme ahí hecho un incendio. Interrogué á mi Diafoirus, me dice que esta vecina se llama Zena. Me cambió de camisa. Para casarse con Zena, el marido, viejo infame, ha dado trescientos mil francos á los padres, tan célebre era la hermosura de aquella jóven, verdaderamente la más hermosa de toda la Dalmacia, Iliria, Adriático, etc. En aquel país compra uno á su mujer, y sin ver....

—No iré por allí,—dijo el padre Léger.

—Hay noches en que alumbran mi sueño los ojos

de Zena,—prosiguió Schinner. Aquel primer marido tenía sesenta y siete años. Bien! pero era celoso, no como un tigre, porque se dice de los tigres que son celosos como un dálmata, y mi hombre era peor que un dálmata, valía tres dálmatas y medio. Era un *Uscopé*, un *tricoque*, un *archicoque* en una bicoca.

—En fin, uno de esos enamorados que *no atan sus perros con cien suizos*, (que no atan sus perros con longanizas),—dijo Mistigris.

—Magnífico,—dijo Jorge, riendo.

—Habiendo sido corsario, tal vez pirata, mi pícaro se alababa de matar un cristiano, como yo de escupir,—prosiguió Schinner. Perfectamente. Además, era riquísimo, contaba sus riquezas por millones, el viejo miserable! Y era feo como un pirata á quien no sé que pachá había cortado las orejas, y había perdido un ojo no sé donde..... El ogro se servía lindamente del ojo que le quedaba, y os suplico que me creáis, si os digo que tenía cien ojos.—Jamás, me dijo el pequeño Diafoirus, se separa de su mujer.—Si ella llegase á necesitar de vuestros auxilios, yo os sustituiría disfrazado; es una jugada que nunca ha carecido de éxito en nuestras comedias, le respondí. Sería difuso pintaros los tiempos más deliciosos de mi vida, esto es, los tres días que pasé asomado á mi ventana, cambiando miradas con Zena y cambiando de camisa todas las mañanas. Era el asunto tanto más espinoso cuanto que los menores movimientos eran significativos y peligrosos. En fin, Zena juzgó sin duda que sólo un francés, un artista, era capaz en el mundo de mirarla con ojos dulces en medio de los abismos que la rodeaban; y como quiera que odiaba á su horrible

pirata, contestaba á mis miradas con otras capaces de elevar á un hombre á la bóveda del paraíso, sin garuchas. Llegué á la altura de don Quijote. Yo me exaltaba, me exaltaba. Al fin exclamé:—Sea! el viejo me matará, pero iré á su casa! Nada de estudios de paisaje, estudiaba la bicoca del *Uscoque*. Durante la noche, habiéndome puesto la más perfumada de mis camisas, atravieso la calle, y entro.....

—¿En la casa?—dijo Oscar.

—¿En la casa?—prosiguió Jorge.

—En la casa,—repitió Schinner.

—Pues bien, sois un valiente,—exclamó el padre Léger, yo no hubiera entrado.

—Con mayor razon cuanto que no hubiérais podido pasar por la puerta,—respondió Schinner. Entro, pues,—prosiguió, y siento dos manos que toman las mías. No digo una palabra, porque aquellas manos, suaves como la piel de una cebolla, me recomendaban el mayor silencio! Me soplan al oído en veneciano:—¡Duerme! Luego, cuando estuvimos seguros de que nadie podia encontrarnos, Zena y yo fuimos á pasearnos por las murallas, pero acompañados, si os place, de una vieja dueña, fea como un viejo portero, y que nos seguia como nuestra sombra, sin que me fuera posible decidir á la señora pirata á separarse de tan absurda compañera. A la noche siguiente se repite la escena; yo quería mandar despedir á la vieja, Zena se resiste á ello. Como mi amante hablaba griego y yo veneciano, no podíamos entendernos; así, dejamos de discutir. Yo me dije al mudarme la camisa:—Seguramente, mañana ya no habrá vieja, y nos reconciliaremos cada uno en su lengua materna. Pues

bien, la vieja fué quien me salvó, vais á verlo. Hacia un tiempo tan hermoso, que para no inspirar sospechas fui á matar el tiempo contemplando el paisaje. Despues de haberme paseado á lo largo de las murallas, regreso tranquilamente con las manos en los bolsillos, y encuentro la calle obstruida de gente. ¡Qué muchedumbre aquella! Lo mismo que si se tratara de una ejecucion! Esta muchedumbre se abalanza sobre mí. Me veo preso, agarrotado, conducido y vigilado por agentes de policia. No! no sabeis, y deseo que nunca lo sepais, lo que es pasar por un asesino á los ojos de un populacho desenfrenado, que os arroja piedras, que aulla en pos de vosotros desde un extremo á otro de la calle principal de una pequeña ciudad, que os persigue con gritos de muerte. Ah! cada ojo es una hoguera, cada boca una injuria, y aquellas llamaradas de odio ardiente crecen al grito espantoso de: ¡Muera! ¡abajo el asesino! que desde lejos parece un coro de chantres.

—¿Conque gritaban en francés aquellos dálmatas?...—preguntó el conde á Schinner, nos referis esa escena como si os hubiera ocurrido ayer.

Schinner permaneció desconcertado.

—El tumulto habla el mismo idioma en todas partes,—dijo el profundo político Mistigris.

—En fin,—prosiguió Schinner, cuando llego al palacio del lugar, y en presencia de los magistrados del pais, sé que el maldito corsario ha muerto envenenado por Zena. Bien hubiera querido mudarme la camisa. Palabra de honor, yo no sabia una palabra de aquel melodrama. Parece que la griega mezclaba opio (abundan allí tanto las adormideras, como dice

ese caballero!), al grog del pirata, con objeto de robarle un momento de libertad para pasearse, y la víspera, aquella desgraciada mujer habia equivocado la dosis. La inmensa fortuna del condenado pirata era causa de toda la desgracia de mi Zena; pero explicó tan sencillamente las cosas, que desde un principio yo, segun la declaracion de la víspera, fui proclamado inocente, con una orden del alcalde y del comisario de policia austriaco que me mandaban trasladarme á Roma. Zena, que abandonó á los herederos y á la justicia gran parte de las riquezas de su marido, salió, segun me han dicho, del apuro, con dos años de reclusion en un convento donde se halla todavía. Iré á pintar su retrato, porque dentro de algunos años todo se habrá olvidado. Tales son las necesidades que comete uno á los diez y ocho años.

—Y me dejasteis sin un céntimo en la *locanda* de Venecia,—dijo Mistigris. Desde Venecia fui á reunirme con vos á Roma, limpiando, á cinco francos uno, retratos que no me pagaban; pero fueron los dias más felices de mi vida! *La felicidad*, como suele decirse, *no habita debajo de ombligos dorados*, (la felicidad no habita bajo dorados techos).

—Figuraos las reflexiones que me atormentarian en una cárcel dalmática, encerrado en ella sin proteccion, debiendo responder á los austriacos de Dalmacia, y amenazado de perder la cabeza por haberme paseado dos veces con una mujer obstinada en llevar consigo á su portera. Eso se llama ser desgraciado!—exclamó Schinner.

—¿Cómo,—dijo candorosamente Oscar, os ha pasado eso?

—¿Por qué no ocurrirle á ese caballero lo que habia ocurrido ya una vez, durante la ocupacion francesa en Iliria, á uno de nuestros más gallardos oficiales de artilleria,—dijo intencionadamente el conde.

—¿Y vos habeis creido al artillero?—preguntó el astuto Mistigris al conde.

—¿Y eso es todo?—preguntó Oscar.

—Y bien,—dijo Mistigris, no puede referiros que le han cortado la cabeza. *Cuanto más se vive, más se rie.*

—Caballero, hay heredades en aquel pais? preguntó el padre Léger. ¿Cómo cultivan en él?

—Allí cultivan el marrasquino,—dijo Mistigris, una planta que crece á la altura de la boca, y produce el licor de este nombre.

—Ah! dijo el padre Léger.

—No he pasado más que tres dias en la ciudad y quince dias en la cárcel, nada he visto, ni siquiera los campos en que se coge el marrasquino,—respondió Schinner.

—Se están burlando de vos,—dijo Jorge al padre Léger. El marrasquino viene metido en cajas.

Entonces el carruaje de Pierrotin descendia por una de las rápidas vertientes del valle de Saint-Brice para ganar la posada situada en medio de esta importante aldea, en donde solia detenerse cerca de una hora, para dar descanso á sus caballos, dejarles tomar su pienso y darles de beber. Era entonces la una y media poco más ó menos.

—Hola! es el padre Léger,—exclamó el posadero, apenas el carruaje se detuvo ante su puerta. ¿Almorzais?

—Una vez al día,—respondió el obeso arrendatario, partíremos un pastel.

—Procurad que nos den de almorzar,—dijo Jorge, sosteniendo su baston como un fusil, de una manera caballeresca que excitó la admiración de Oscar.

Oscar reventó de rabia al ver á aquel aturdido aventurero sacar del bolsillo de su gaban una petaca de paja labrada, de la cual tomó un tabaco rubio que se puso á fumar en el umbral de la puerta, esperando el almuerzo.

—¿Fumais?—dijo Jorge á Oscar.

—A veces,—respondió el ex-colegial, encorvando su pequeño pecho y tomando cierto aire de arrogancia.

Jorge presentó á Oscar y á Schinner la petaca enteramente abierta.

—¿Cáspita!—dijo el gran pintor, cigarros de á diez sueldos!

—Son los últimos de los que he traído de España,—dijo el aventurero. ¿Almorzais?

—No,—dijo el artista, me esperan en el palacio. Además, he tomado algo antes de ponerme en camino.

—¿Y vos?—dijo Jorge á Oscar.

—He almorzado,—respondió éste.

Oscar hubiera dado diez años de vida por tener botas y trabillas. Y estornudaba, y tosia, y escupía, y se tragaba el humo con muecas mal disimuladas.

—No sabéis fumar,—le dijo Schinner, mirad.

Schinner, con el semblante inmóvil, aspiró el humo de su cigarro y lo devolvió por la nariz sin la menor contracción. Fumó de nuevo, conservó el humo en su garganta, se quitó el cigarro de la boca y sopló graciosamente el humo.

—Así se fuma, jóven,—dijo el gran pintor.

—Hé aquí otro procedimiento, jóven,—dijo Jorge imitando á Schinner, pero tragándose todo el humo.

—Y mis padres que creen haberme dado educación!—pensó el pobre Oscar, intentando fumar con gracia.

Experimentó unas náuseas tan fuertes, que voluntariamente se dejó robar su cigarro por Mistigris, quien le dijo fumando con evidente placer:

—¿Teneis enfermedades contagiosas?

Oscar hubiera querido ser bastante fuerte para pegar á Mistigris.

—¿Cómo!—dijo para sí, pensando en el coronel Jorge, ocho francos de vino de Alicante y de *talmou-ses*, cuarenta sueldos de cigarros, y su almuerzo que va á costarle....

—Ah, padre Léger, verdad que beberemos una botella de Burdeos?—dijo entonces Jorge al arrendatario.

—¿Un almuerzo que va á costarle diez francos!—exclamó para sí Oscar. De manera que el gasto importa ya más de veinte francos.

Anonadado por el sentimiento de su inferioridad, Oscar se sentó en el guardacanton y se perdió en reflexiones que no le permitieron ver que su pantalon, arremangado á consecuencia de su postura, mostraba el punto de union entre la vieja pierna de una media y un pie de la misma enteramente nuevo, una obra maestra de su madre.

—Somos hermanos en medias,—dijo Mistigris, levantando un poco su pantalon para mostrar un efecto del mismo género: pero *los zapateros son siempre los peor calentados*, (en casa del herrero cuchillo de palo).

Esta broma hizo sonreír á M. de Sérisy que per-

manecía con los brazos cruzados bajo la puerta cochera, á la espalda de los viajeros.

Por locos que fuesen estos jóvenes, el sesudo hombre de Estado envidiaba sus defectos, amaba su petulancia, admiraba la vivacidad de sus burlas.

—¿Y bien, os quedareis con los Moulineaux? porque habeis ido en busca de escudos á Paris,—decía al padre Léger el posadero que acababa de mostrarle en sus cuadras un jaco que se vendía. Será gracioso en vos *trasquilar* á un Par de Francia, á un ministro de Estado, al conde de Sérisy.

El antiguo administrador no dejó ver la menor alteracion en su semblante, y se volvió para examinar al arrendatario.

—Es cosa hecha,—dijo en voz baja el padre Léger al posadero.

—A fe mia, tanto mejor, me gusta ver á los nobles *fastidiados*. Y si para ello necesitárais unos veinte mil francos, os los prestaria; pero Francisco, el conductor de la Touchard de seis horas, acaba de decirme que M. Margueron estaba convidado por el conde de Sérisy á comer hoy mismo en Presles.

—Ese es el proyecto de Su Excelencia, pero tenemos tambien nuestras emboscadas,—respondió el padre Léger.

—El conde empleará al hijo de M. Margueron, y vos, vos no teneis ningun empleo que dar!—dijo el posadero al arrendatario.

—No; pero si el conde tiene de su parte á los ministros, yo tengo de la mia al rey Luis XVIII,—añadió el padre Léger al oido del posadero, y cuarenta mil retratos del rey dados al bueno de Moreau, me

permitirán comprar los Moulineaux en doscientos sesenta mil francos contados antes que M. de Sérisy, quien se dará por muy contento volviendo á comprar la finca en trescientos sesenta mil francos, en lugar de ver las piezas de tierra puestas en adjudicacion una por una.

—No está mal pensado eso, ciudadano,—exclamó el posadero.

—¿Verdad que no?—dijo el arrendatario.

—Despues de todo,—continuó el posadero, la finca vale para él esa cantidad.

—Los Moulineaux producen hoy seis mil francos limpios de impuestos y yo renovaré el alquiler en siete mil quinientos por diez y ocho años. Así viene á ser una imposicion á más del dos y medio. El señor conde no será robado. Para no perjudicar á M. Moreau, él mismo me propondrá por arrendatario al conde, aparentará favorecer los intereses de su principal, encontrándole casi el tres por ciento de su dinero y un locatario que pagará bien.....

—¿En resumidas cuentas, qué gana en ello monsieur Moreau?

—¡Cáscaras! si el conde le da diez mil francos, sacará del negocio cincuenta mil; pero habrá sabido ganárselos.

—Además, despues de todo, *él* cuida bien de Presles! y es tan rico!—dijo el posadero. Yo no le conozco ni de vista.

—Ni yo,—dijo el padre Léger; pero acabará por habitar allí; de lo contrario no gastaria doscientos mil francos en restaurar el interior del palacio. Es tan hermoso como el del rey.

—Ah, bien,—dijo el posadero, ya era hora de que Moreau hiciera su agosto.

—Sí, porque una vez allí, los dueños, no se estarán con las manos metidas en los bolsillos.

El conde no perdió una palabra de esta conversación sostenida en voz baja.

—¡Conque tengo aquí las pruebas que iba á buscar allí!—pensó mirando al obeso arrendatario que entraba de nuevo en la cocina. Tal vez, se dijo, esto no pasa de proyecto? tal vez Moreau no ha aceptado nada?....

Tanto le repugnaba aún creer á su administrador capaz de ser cómplice de semejante conspiración. Pierrotin vino á dar de beber á sus caballos. El conde pensó que el conductor iba á almorzar con el posadero y el arrendatario, así es que cuanto acababa de oír le hizo temer alguna indiscreción.

—Toda esa gente se pone de acuerdo contra nosotros, no será ningún pecado desconcertar sus planes,—pensó. Pierrotin, dijo en voz baja al cochero, acercándose á él, te he prometido diez luises por guardarme el secreto; pero si quieres continuar ocultando mi nombre, (y yo sabré si lo has pronunciado ó hecho el menor gesto que pueda revelarlo hasta esta noche, á nadie, ni en ninguna parte, ni aún en l'Isle-Adam), mañana por la mañana, á tu paso por allí, te daré los mil francos para completar el pago de tu nuevo carruaje. Así, para mayor seguridad, dijo el conde, dando un golpecito en la espalda de Pierrotin que palideció de placer, no almuerces, quédate á cuidar de tus caballos.

—Os comprendo perfectamente, señor conde, va-

ya! Es con referencia al padre Léger?....

—Es con referencia á todos,—replicó el conde.

—Tranquilizaos.... Despachemos, añadió Pierrotin entreabriendo la puerta de la cocina, llevamos retraso. Escuchad, padre Léger, sabéis que debemos subir la cuesta; yo no tengo hambre, iré despacio, me alcanzareis enseguida, el andar os probará.

—¿Está incomodado Pierrotin?—dijo el posadero. ¿No quieres venir á almorzar con nosotros? El coronel paga vino de cincuenta sueldos y una botella de Champagne.

—No puedo. Llevo un pescado que debe ser enviado á Stors á las tres, para una gran comida, y no hay que jugar con aquellos parroquianos, ni con los pescados.

—Pues bien,—dijo el padre Léger al posadero, engancha á tu cabriolé ese caballo que quieres venderme, nos harás alcanzar á Pierrotin, almorzaremos en paz y formaré opinión de tu caballo. Cogeremos tres perfectamente en tu carraca.

Con gran contentamiento del conde, Pierrotin se presentó para él mismo enjaezar de nuevo á sus caballos. Schinner y Mistigris habian partido á la delantera. Apenas Pierrotin, que de nuevo recogió á los dos artistas en medio del camino de Saint-Brice á Ponceles, llegaba á una eminencia de la via, desde la cual se divisan Ecoeu, el campanario de Mesnil y las selvas que rodean un paisaje arrebatador, cuando el ruido de un caballo arrastrando á galope un cabriolé que sonaba á hierro viejo, anunció la llegada del padre Léger y del compañero de Mina que se incorporaron al carruaje. Cuando Pierrotin saltó sobre